

España inacabada

José Antonio Vera

Tiene razón José María Carrascal cuando dice («España, la nación inacabada», Editorial Planeta) que el problema de este país nuestro es que fue imperio antes que nación, cuando lo normal es construir primero la nación y levantar después sobre ella el imperio. Pero no. Aquí, pese a los quinientos años de historia compartida, seguimos claramente instalados en el enfrentamiento. Seguimos renegando de unos valores comunes que en teoría deberían servir para sumar, pero que en realidad no sirven para casi nada, pues son pocos los que los aceptan. Dice Carrascal que durante años la Corona española prestó más atención al imperio que a la fusión interior, pero que una vez perdido el imperio, los viejos reinos de siempre volvieron a reclamar sus prerrogativas y a instalarse en sus ambiciones particulares. Y en esa fase estamos. Probablemente en uno de los momentos más difíciles desde el punto de vista de la cohesión territorial, con planteamientos dispersos que amenazan con romper la casa común para construir otras casas diferentes.

El libro de Carrascal es un ambicioso tratado, muy documentado y exhaustivo, sobre los nacionalismos ibéricos. Parte de la Hispania romana y atraviesa en retazos históricos la era de los godos, el rompecabezas medieval, la unión con Isabel y Fernando, la constitución del imperio y su progresiva evaporación. A partir de ahí se analizan los problemas de siempre, que son también los actuales: las dos Españas de la Gloriosa, de la Restauración, de la Dictadura, de la Segunda República, de la era de Franco. La España como nación de nacionalidades, la España dispersa de los nacionalismos históricos, la España impredecible del Estado de las Autonomías, de las guerras civiles y los atentados terroristas. La conclusión es que somos un Estado, por supuesto. Pero seguimos sin ser nación, o por los menos no todos los que aquí vivimos nos identificamos con la misma nación. Algo que es verdad. Que es una realidad. Pero que no por ello debe ser dramático, pues lo importante es que, desde la tolerancia, aprendamos a convivir en paz, sin guerras, sin volver a armarla como en el 36, sin caer en el error de Yugoslavia.

Es curioso, pero después de transcurridos veinticinco años de convivencia, volvemos otra vez al comienzo, a la cuestión fundamental que se planteó cuando se redactó la Constitución: el modelo territorial. Como dice Raimond Carr y cita Carrascal, nuestro verdadero problema es el territorial, que sigue sin resolverse. Pensamos que las autonomías servirían para algo, pero las autonomías no han servido más que para agigantar ese defecto y multiplicarlo por diecisiete. Con una diferencia: antes pedían autonomía, pero ahora quieren soberanía; antes reclamaban competencias, ahora la independencia. Y no es fácil solventar esta situación. No lo es porque hay gente, políticos, dirigentes, que no están por avanzar en el camino del consenso que tan buenos resultados nos ha dado. Ellos quieren romper. Quieren ir más allá y acabar con el actual estatus, asumir lo que creen que les pertenece y entienden que se les niega. «La Constitución de 1978 –dice Carrascal– supuso un esfuerzo para superar las dos Españas, un pacto de no agresión entre los herederos de los vencedores y los de los vencidos de la guerra civil, lleno de generosidad por ambas partes». Ese pacto, en efecto, ha sido fundamental en estos veinticinco años de progreso. Ese pacto nos ha permitido situarnos en el grupo de cabeza de los Estados mejor colocados del concierto mundial. Ese pacto habría que mantenerlo y preservarlo, afianzarnos en él, reeditarlo como sea para seguir en este grupo de cabeza, en estos años de paz, en esta etapa de prosperidad.

¿Seguiremos por ahí o se romperá el modelo? La pregunta no la contesta el autor, porque en realidad nadie puede responderla. Yo creo que afortunadamente Europa nos está salvando. Dentro de Europa ya no tienen sentido las fronteras, no tienen sentido las monedas, no tiene sentido anclarse en un idioma único porque lo que se impone es la integración en todos los ámbitos, la cesión de soberanía a un ente político superior que esperamos pueda ser algún día referencia para todos. Las banderías locales están bien, pero parecen ridículas comparadas con este objetivo colectivo en el que nos estamos embarcando cuatrocientos millones de personas con el afán de sumar fuerzas para superar las discrepancias internas. Sí, creo de verdad que Europa nos puede salvar de las cruzadas regionales, de las guerras carlistas, del cantonalismo tercermundista. ¿A qué independencia se refiere Ibarreche cuando la política

económica de España, y por tanto del País Vasco, la va a marcar Bruselas, cuando la política exterior se va a hacer desde Bruselas, cuando Bruselas nos va a poner los límites en medio ambiente, en turismo, en industria, en todo lo demás. Europa nos va a obligar a hablar inglés, porque en algún idioma nos tenemos que entender con los demás europeos, y nos va a transformar en ciudadanos de una nación europea sin fronteras en la que no cabe el nacionalismo disgregador. Y a nadie le interesa quedarse fuera de Europa. Ni siquiera a los nacionalistas. España es una nación inacabada, es verdad. No podemos ser optimistas ante un escenario en el que destacan el plan Ibarreche, el independentismo y el terrorismo. Por eso hay que aferrarse a Europa, creer en Europa, trabajar por Europa, pues esta Europa, la Europa de los Estados, no lo olvidemos, nos puede salvar de las rencillas de siempre. Aunque habrá que acostumbrarse a otras rencillas. Que las habrá. Seguro.